

Guardini entero en un versículo

Comentario guardiniano a la exhortación *Verbum Domini*

Juan G. Ascencio

Profesor de filosofía del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

NARRA ROMANO GUARDINI en sus *Apuntes para una autobiografía* el momento de su vuelta a la fe a la edad de veinte años. Es una escena situada a finales del otoño de 1905, de la que sólo Dios y, en cierta medida, su gran amigo Karl Neundörfer fueron testigos. Después de sufrir una crisis de fe pocos meses atrás, Guardini no había dejado de reflexionar sobre el asunto. Se sentía vacío de fe, pero también se sentía inquieto. Escribe Guardini:

Karl Neundörfer y yo habíamos discutido sobre la cuestión que nos preocupaba y mis últimas palabras habían sido: “Hay que llegar a la frase: «Quien quiera conservar su alma la perderá, quien la dé la salvará». La interpretación, implícita en la traducción de Mt 10, 39, expresa lo que me importaba. Poco a poco me había ido quedando claro que existe una ley según la cual el hombre, cuando «conserva su alma», es decir, cuando permanece en sí mismo y acepta como válido únicamente lo que le parece evidente a primera vista, pierde lo esencial. Si por el contrario quiere alcanzar la verdad y en ella su auténtico yo, debe darse.

En tal estado de espíritu, Guardini y Karl Neundörfer se separaron. Cada quien continuó sus reflexiones privadamente. Lo que sucedió entonces en lo profundo del espíritu de Guardini completa la escena anterior, y tal vez constituye el núcleo de su vida:

Yo me senté en mi mesa y seguí dando vueltas a la frase: “Dar mi alma, pero ¿a quién? ¿Quién puede pedírmela? ¿Pedírmela de tal modo que ya no sea yo quien pueda disponer de ella? No «Dios» simplemente, ya que cuando el hombre pretende arreglárselas solo con Dios, dice «Dios» y está pensando en él mismo. Por eso tiene que existir una instancia objetiva que pueda sacar mi respuesta de los recovecos de mi autoafirmación. Pero sólo existe una instancia así: la Iglesia católica con su autoridad y precisión. La cuestión de conservar o entregar el alma se decide, en último término, no ante Dios sino ante la Iglesia”. Entonces sentí como si todo – realmente “todo” mi ser – estuviese en mis manos, como en una balanza en equili-

brio: “Puedo hacerla inclinarse hacia la derecha o hacia la izquierda. Puedo dar mi alma o conservarla”... Y la hice inclinarse a la derecha.

Guardini escribió estas líneas autobiográficas en Alemania entre 1943-45, en espera del término de la segunda guerra mundial para reemprender su labor docente y pastoral. Habían pasado cuarenta años desde aquél momento de luz. En ese lapso, la semilla del texto de Mt 10, 39, plantada en la tierra buena del espíritu de Guardini, había dado frutos abundantes: su decisión por el sacerdocio, su dedicación pastoral a la juventud, su reflexión antropológica y teológica en la cátedra universitaria de Berlín. En breve, Mt 10, 39 (o su casi exacta repetición en Mt 16, 25) fue para Guardini el origen de una “visión cristiana de la existencia” que vibra en sus escritos, pero que ante todo se apoderó de su propia vida.

En el n. 48 de la reciente exhortación apostólica *Verbum Domini*, sobre la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, Benedicto XVI ofrece una visión de la Escritura que le resulta muy congenial: “La interpretación de la Sagrada Escritura quedaría incompleta si no se estuviera también a la escucha de quienes han vivido realmente la Palabra de Dios, es decir, los santos. [...] La interpretación más profunda de la Escritura proviene precisamente de los que se han dejado plasmar por la Palabra de Dios a través de la escucha, la lectura y la meditación asidua”. Asentado este principio, el Papa ofrece abundantes ejemplos. Comienza con san Antonio Abad, san Basilio Magno y san Francisco de Asís, para concluir con la beata Teresa de Calcuta, santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) y el beato Luis Stepinac. Todos ellos hallaron un texto de la Escritura que los modeló e iluminó.

Naturalmente el Papa no menciona a Romano Guardini, quien no figura entre los beatos reconocidos hoy por la Iglesia. Sin embargo, el caso de Guardini es una perfecta aplicación del principio enunciado por el Papa, según el cual quienes se “han dejado plasmar por la Palabra de Dios” son quienes nos pueden dar su “interpretación más profunda”. Guardini entero, su orientación en el mundo del pensamiento y su acción pastoral, brotan en buena medida del texto de Mt 10, 39. Esto se puede constatar atendiendo a los lugares en que este versículo aparece en sus escritos, ocupando un lugar estratégico. Seguiremos tres direcciones: la antropológica, la espiritual y la teológica.

1) La primera es la dirección que apunta a una comprensión del hombre. Al narrar su conversión, Guardini era ya consciente de que el texto de Mt 10, 39 enucleaba “una ley según la cual el hombre, cuando «conserva su alma», es decir, cuando permanece en sí mismo [...] pierde lo esencial”. Esta persuasión aparece con fuerza en *El encuentro*, un texto escrito

durante la Navidad de 1955. Ahí Guardini retoma la formulación de Mt 16, 25 para introducir al lector “en el núcleo más secreto de lo que significa la palabra «encuentro»”.

Guardini confiesa que cuanto más reflexiona sobre el versículo, tanto más lo reconoce “como una palabra-clave para la comprensión esencial de la existencia humana”. La idea que desea transmitir es la siguiente: sin duda, la decisión de guardar para sí mismo el propio yo o privarse de él tiene todo el sabor de la paradoja. “Pero en realidad, es la expresión perfecta de una actitud fundamental en la existencia humana”. Tal actitud fundamental se explica a la luz de una visión antropológica que valora la libertad, dotada de tintes históricos y teleológicos. Esta visión consiste en reconocer que el ser humano no goza desde el inicio de una existencia acabada, sino que su ser es “algo elástico, e incluso se podría decir que es dialéctico”.

Para Guardini, el hombre “no consiste en sí mismo, sino que está «abierto y en tensión» [...] hacia lo que es diferente de él mismo, y sobre todo hacia el otro ser humano”. Si el hombre desea llegar a ser sí mismo, debe “distanciarse de sí”. No es esto una invitación a una existencia vivida al son del *carpe diem*. El distanciamiento de sí es sólo la condición para “adherirse a lo que es digno”. Es difícil no ver aquí una trasposición de su propia experiencia de conversión. En ella Guardini descubrió una dimensión antropológica de alcance universal.

2) La segunda dirección de desarrollo es espiritual. Guardini sabe que todo cristiano debe afrontar un proceso de conversión a veces doloroso. Con fina sensibilidad pedagógica, Guardini ofrece una descripción de este proceso espiritual en el primer capítulo de *Sobre la vida de la fe* (1935). Una vez que Dios ha aparecido con fuerza en el horizonte del cristiano, inicialmente replegado sobre sí, comienza a exigir “la adhesión total de aquél que ha sido llamado”. Entonces el cristiano “sufrirá al tener que entregar su propia existencia a una realidad extraña que está por encima de él, al tener que sacrificar su egocentrismo y la independencia de su propio universo. Eso supone un sacudimiento y un riesgo”. Llegado a este punto, Guardini cita el versículo de Mt 10, 39, y prosigue: “Así, el alma debe perderse una primera vez en la búsqueda de un segundo eje, para luego ir al encuentro del más allá, que es su verdadero centro. Y es entonces cuando comienza la lucha entre los «dos ejes». [...] El progreso de la fe es el conflicto de estos dos polos”. El versículo condensa en sí la exigencia de tomar una decisión. El paso del polo inicial al polo de Dios no se da de modo automático. Hay que afrontar el momento del “perderse” para alcanzar la otra orilla, descrita como “existencia cristiana”, otro de los términos preferidos de Guardini.

Citemos otro ejemplo. En el mismo año de 1935 Guardini concluye desde su cátedra de Berlín el libro dedicado a la interpretación de los *Pensées* de Blas Pascal: *Conciencia cristiana. Ensayos sobre Pascal*. Ahí la perspectiva de la conversión deja su lugar a la del “corazón”. El pecado y la gracia se enfrentan en el corazón, generando tensiones, ambigüedades y luchas. Guardini aprecia la invitación de Pascal a la humildad, el desinterés y la disponibilidad. Todos éstos son signos de que “el corazón rompe la propia cerrazón, renuncia a ser el centro de la realidad y está dispuesto a aceptar aquello que lo llama a salir fuera de sí, por encima de sí mismo, como nuevo y auténtico punto de referencia”. Resuena en este momento el versículo de Mt 10, 39, que sintetiza y da fundamento bíblico a la línea de desarrollo que se venía exponiendo. Pero el texto hace más que eso: salido de la pluma de Guardini, añade el sello de la verificación personal. Lo escrito no es teoría, sino reflejo de una vivencia íntima. De no ser así, la descripción espiritual no podría obtener perfiles tan bien logrados.

3) Por último, la dirección teológica ofrece la perspectiva más acabada de lo que Mt 10, 39 produjo en la reflexión de Guardini. En 1939, meses antes de que su cátedra universitaria fuera suprimida por las autoridades nazis, Guardini publica *Mundo y persona. Ensayos para una teoría cristiana del hombre*. Es la obra que más se acerca a lo que podríamos llamar una “síntesis de la doctrina guardiniana sobre el hombre”. Al abordar el tema del “yo cristiano”, Guardini sigue la pista de san Pablo. Nadie como el gran Apóstol de los gentiles habría experimentado vitalmente el paso hacia la existencia cristiana y explorado su esencia. Después de reproducir el texto de la conversión de san Pablo siguiendo el capítulo 9 de los *Hechos de los Apóstoles*, Guardini ofrece, aun sin citarlo explícitamente, el mejor comentario del texto de Mt 10, 39. Aquí Guardini explica que la dificultad de escapar al propio egoísmo (constatada antes al nivel antropológico y espiritual) es una condición insuperable. No hay excepciones. Por muy recomendable que sea la humildad y la capacidad de entrega, resultan insuficientes. Nadie, ni siquiera el hombre más noble, puede romper estas cadenas.

¿De dónde proviene tal imposibilidad, que parece amenazar la búsqueda de la perfección humana en general? Guardini explica que escapar al propio egoísmo implica elevarse a un ámbito de existencia *redimida*. Hay aquí una diferencia esencial de niveles: la naturaleza y la gracia. Quien intenta dar este paso hacia arriba con sus propias fuerzas, termina por reconocer tarde o temprano que está intentando lo imposible, que su condición de “prisionero de sí mismo” no tiene remedio. La situación se acentúa

cuando el hombre tiene “suficiente conocimiento de la santidad de Dios para intuir qué significa ser justificado por Dios y quedar salvado”.

Según Guardini, san Pablo experimentó antes de emprender el camino hacia Damasco la situación antes descrita: la terrible mezcla dada por la aspiración a la salvación y la bancarrota de las posibilidades para alcanzarla. San Pablo era un prisionero de sí mismo. El encuentro con Cristo fue para el Apóstol “sobre todo una inmensa liberación”. Cristo “lo libera de estar preso en sí mismo, haciéndose contenido de su existencia”. Nuevamente aparece en el trasfondo la experiencia del propio Guardini: su conversión fue una liberación porque fue un encuentro con Cristo redentor.

Cuando Dios, en Cristo, se hace “contenido de la existencia” de san Pablo, éste obtiene “un nuevo centro y una forma de existencia que le pertenece más que las anteriores”. Habiéndose cumplido por gracia la primera parte de Mt 10, 39, el “perder la propia vida” (donde “propia” indica la vida replegada sobre sí), se cumple también por gracia la segunda parte: “la ganará” o “la conservará”. Si Mt 10, 39 expresa la crisis por el que debe pasar todo ser humano, el punto de llegada resuena con las palabras victoriosas de la carta a los Gálatas (2, 20): “Ya no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí”.

Si ésta es la meta, la plenitud a la que todo hombre tiende, Guardini concluye que la situación inicial, que en sede antropológica aparecía como un ser prisionero de sí, debe leerse como fruto del pecado. Asimismo, el “yo” egoísta y prisionero, arraigado sólo en sí, no es sino un esbozo de la auténtica “identidad” que puede conseguir mediante la comunión de vida con el Señor.

Concluyo estas reflexiones con otro texto de Guardini. En 1963 publica un libro titulado *Virtudes. Reflexiones sobre formas de vida cristiana*. Estamos ante un Guardini que ha alcanzado la edad de 78 años. Morirá sólo cinco años después. Desde esta cima de madurez humana y cristiana, Guardini pudo resumir la dinámica completa de Mt 10, 39 en estas breves palabras: “Cada vez que el hombre, puesto ante Dios, «conserva su alma», se verifica una pérdida; pero si se la da, la halla. El hombre entrega su alma cada vez que obedece la santa Voluntad, y en el mismo instante Dios se la devuelve, y de este modo el alma llega a ser «ella misma» más que antes”. El versículo del Evangelio de san Mateo lo acompañó toda su vida. Retomando una vez más las palabras de la exhortación *Verbum Domini*, podemos decir que Guardini “escuchó, leyó y meditó asiduamente” la Palabra de Dios, dejándose “plasmarse por ella”, hasta ofrecer “su interpretación más profunda”.